

Vargas Llosa y la Cofradía de la Explosión Breve relación del Siglo de Oro

Jorge Volpi

Autor de la trilogía En busca de Klingsor, El fin de la locura y No será la tierra, entre muchos otros títulos, Jorge Volpi se ha erigido como uno de los escritores más prolíficos y destacados de la literatura mexicana contemporánea. Utilizando el recurso de la parodia del barroco, el autor rinde un certero homenaje al Premio Nobel Mario Vargas Llosa, al tiempo que recorre la obra de algunas de las figuras del llamado boom latinoamericano.

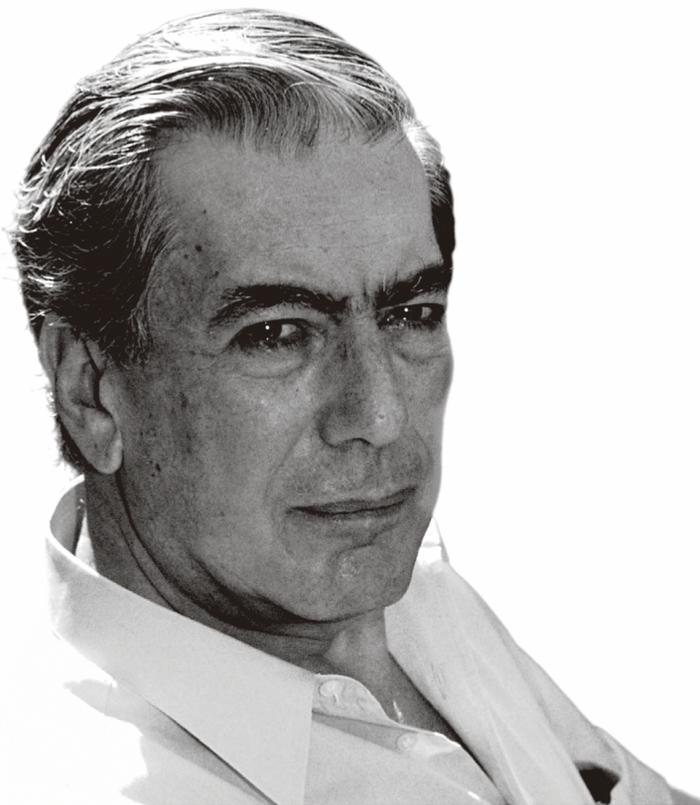
I

DONDE SE HABLA DE LA GRAN JUSTA DE LAS LETRAS
DEL REINO DE SUECIA

Dícese, no sin razón, que no existe en el mundo premio más codiciado ni más ineluctable —ni más propicio a las reyertas— que el concedido por Su Graciosa Majestad, el Rey de Suecia, a instancias de la Academia de Letras de esa pródiga y excelsa nación, en los helados confines de Escandinavia, celebrada tierra de bardos y guerreros. Tras más de quince años de penosa ausencia de nuestra lengua en la fastuosa ceremonia —desde que en 1990 se hiciese con el galardón el eximio hechicero novohispano Don Octavio de Paz—, en el año de gracia de 2010 el insigne caballero Don Mario de Vargas Llosa volvió a reclamar para sí la apetecida venera, para unánime gozo de las naciones de nuestro idioma. Empero, como no es mi intención glosar aquí los azarosos trabajos de la poesía, tarea tan improbable como arcana para un humil-

de cronista como el que esto escribe, es menester precisar que en realidad hubieron de trascurrir más de tres decenios para que el ansiado cetro recayese, de nuevo, en un narrador proveniente de la América Latina, tierra pródiga en verdugos y fantasmas. Don Mario de Vargas Llosa transformóse, de este modo, en el inesperado sucesor de Don Gabriel de García Márquez, durante años su glorioso compañero de armas, con quien por desgracia —inescrutable designio de los hados—, Don Mario acabó por enemistarse debido a infaustas hostilidades amorosas que no vienen a cuento en esta crónica.

En el año de gracia de 1982, en efecto, el joven caballero Don Gabriel de García Márquez sumóse al insigne elenco de triunfadores de la Justa, contando apenas con la edad de cuarenta y cuatro años, apropiándose a partir de entonces del título de Adelantado de la América Latina y Capitán General del Gran Macondo. Al recibir la presea de manos de Su Graciosa Majestad, el Rey de Suecia, Don Gabriel no imaginaba, acaso, que su lugar entre los más grandes escritores de la historia había



Mario Vargas Llosa

quedado asegurado, y que ese superlativo producto de su ingenio, el artilugio mágicorrealista, acabaría por convertirse no sólo en sinónimo de su deslumbrante y vasta obra, no sólo en equivalente de sus escritos y de los escritos de sus muchos compañeros de batallas, sino en el nombre que más veces habría de asociarse, a partir de esa ilustre fecha, con toda la América Latina.

Encumbrado a los altares, saqueado e imitado hasta en las comarcas más apartadas del continente, el artilugio mágicorrealista dejó de ser admirado como una mera invención de Don Gabriel y trocóse, sin razón alguna, en unánime baldón de nuestras letras. En una burda simplificación, críticos y lectores asumieron, de pronto, que todas las narraciones escritas en estos pagos hallaban su fundamento en la fortuita magia presente aquí desde tiempos inmemoriales: en su imaginación, monstruos y prodigios nos acechaban por doquier y nosotros, infaustos pobladores de la América Latina, nos habíamos acostumbrado tanto a observarlos y padecerlos que ni siquiera levantábamos la vista ante esta catarata de milagros y fechorías, prefiriendo alzarnos de hombros y continuar nuestros enrevesados caminos como si nada ocurriese, ciegos al asombro.

Si el artilugio mágicorrealista era ya merecedor de la más alta admiración y la más profunda envidia en el campo de las letras, al desbocarse como adjetivo para calificar a los hombres y mujeres de carne y hueso de nuestras tierras, se generó un infausto malentendido que dura hasta la fecha. Por más rústica y casposa y soberbia y enrevesada que fuera la América Latina —la América

Latina auténtica, no la surgida del talento de Don Gabriel—, jamás fue ese hato de fantasmagorías y engaños que creyeron advertir los críticos en las páginas de su magna obra, acaso porque jamás se habían dado la ocasión de visitar nuestros pueblos y ciudades. La América Latina no estaba hechizada y tampoco era milagrosa, sino que podía ser tan pedestre o tan prosaica como cualquier otra comarca del mundo.

Empero, el artilugio resultaba tan deslumbrante y genial, que nadie reconocía esta verdad clara y evidente. Allende los mares y la frontera norte de la América Latina, críticos y lectores empeñáronse en estudiar a nuestro gigantesco continente, con todas sus letras y todas sus contradicciones, a partir de este prisma hermoso pero insuficiente. Y algo peor: los obcecados críticos obstináronse en sostener que todos los compañeros de armas de Don Gabriel, a saber, Don Carlos de Fuentes y Macías, Duque de Terra Nostra, Don Julio de Cortázar, Señor de la Rayuela, Don José de Donoso, Marqués del Loira, Don Guillermo de Cabrera, Infante de Cuba, o el propio Don Mario de Vargas Llosa, Señor de Lituma, eran sin duda adeptos de la secta mágicorrealista. Por más que lidiaron y se quejaron y se batieron para contradecir semejante calumnia, los miembros de esta excelsa hermandad, bautizada por alguno con el insolente nombre de Cofradía de la Explosión, jamás lograron convencer a sus enemigos de que ninguno de ellos, a excepción del ya mencionado Don Gabriel, practicó jamás las susodichas artes mágicorrealistas.

Todo cambió por fin, como se ha dicho al principio de esta crónica, cuando Su Graciosa Majestad, el Rey de Suecia, concedió en el año de gracia del 2010 el primer lugar en su Justa a Don Mario, demostrando su error a propios y extraños, pues a diferencia de Don Gabriel, su antiguo amigo y compañero de armas, el Duque de Lituma sólo practicó el realismo, sin nada de la magia asociada con quien, desde hacía ya tres décadas, había erigido en su incómodo rival. Si no para otra cosa, la presea sirvió para demostrarle al orbe entero, ya sin asomo de duda, que tanto los integrantes de la Cofradía de la Explosión como las propias tierras de la América Latina suscribían un credo más complejo, variado y contradictorio de lo que las engañosas crónicas de la época nos habían llevado a imaginar.

II

DONDE SE NARRAN LOS ORÍGENES DE LA MUY ILUSTRE
COFRADÍA DE LA EXPLOSIÓN

Mucho antes de que se fundase la hoy excelsa y envidiada Cofradía de la Explosión, a mediados de la pasada centuria la América Latina había padecido una inter-

minable reyerta que había llenado de sangre su vasta arena literaria. Uno de los bandos, que reivindicaba para sí la negra insignia del nacionalismo, llevaba lustros tratando de aniquilar a sus contrincantes, que enarbolaban a su vez los blancos lábaros del cosmopolitismo. Su pelea duraba ya una centuria, sin que los ejércitos nacionalistas hubiesen logrado reducir del todo a sus heroicos opositores.

Para los nacionalistas, las letras no eran sólo una rica fuente de placer y de gozoso entretenimiento, sino un instrumento para dar vida, en el siglo, a esa peligrosa superchería que se conoce con el nombre de Estado. Los libros, en su opinión, no debían estar llenos de aventuras e historias provenientes de todos los confines de la tierra, sino que estaban llamados a fomentar en sus lectores una poderosa e indestructible idea de comunidad, fundada en realidad con el avieso objetivo de enaltecer las fechorías de sus señores. La rebelión cosmopolita, entretanto, resistía el acoso, pues sus seguidores se hallaban convencidos de que el reino de las letras debería ser el más libre de cuantos haya concebido la humana inteligencia. Para éstos, las historias podían ocurrir en la América Latina o en las más apartadas regiones del planeta, y podían responder a cualquier influjo, sin por ello perder su vigor y lozanía.

A mediados del siglo XX, los ejércitos nacionalistas parecían a punto de aniquilar por completo a sus rivales, aprovechándose del miedo desatado entre sus pueblos ante el alud de infundadas amenazas extranjeras a que los sometían. Los cosmopolitas subsistían apenas, guardados en cavernas o en desiertos, a la espera de tiempos mejores. Fue entonces, de pronto, en uno de esos prodigios inimaginables que sólo ocurren muy de vez en vez en el curso de la historia, cuando de repente aparecieron los refuerzos. Los integrantes de una nueva y valerosa camada de escritores cosmopolitas comenzaron, cada uno por su cuenta, a alzarse en armas contra los inicuos decretos de los tiranos nacionales. Aquí y allá, en el Norte y en el Sur, a lo largo de todas las provincias de la América Latina, estos jóvenes aprendices desafiaron a los esbirros nacionales y escribieron sus primeros volúmenes, plagados de anatemas contra los añosos prejuicios de su tiempo, decididos a escapar del sitio impuesto por los ejércitos nacionalistas.

Uno de sus primeros estrategas fue Don Carlos de Fuentes y Macías, en el antiguo virreinato de la Nueva España, ahora conocido como México: en 1958 se atrevió a dar a la imprenta un libro suyo, muy hermoso y muy lleno de verdades, titulado *La región más transparente*. Por primera vez, los habitantes de su imaginación no eran ya los caudillos y campesinos que fascinaron la imaginación de sus ancestros, sino sus propios contemporáneos, devorados no ya por la vorágine de la naturaleza, sino por las entrañas de ese nuevo monstruo de

mil cabezas, la ciudad. A él habrían de sumarse Don Mario, quien publicó en 1963 el volumen titulado *La ciudad y los perros*, enaltecido con el Alto Galardón de la Biblioteca Breve, y Don Gabriel, que si bien dio antes a la imprenta algunas obrillas menores, en 1961 hizo publicar *El coronel no tiene quien le escriba*.

A éstas, se sumarían sus obras mayores, *La muerte de Artemio Cruz* (1961), *Cambio de piel* (1967) y *Terra Nostra* (1975), de Don Carlos, *La casa verde* (1966) y *Conversación en La Catedral* (1969), de Don Mario, *Rayuela* (1963), de Don Julio de Cortázar, Barón del Sena, y sobre todo *Cien años de soledad* (1967), de Don Gabriel, que habría de alcanzar la más justa y notoria fama en todos los rincones de la tierra. De hecho, la celebridad de esta última obra fue tan grande y tan inesperada que desató, como se ha dicho ya en esta crónica, el malentendido de contagiar su ingenio mágicorrealista a todos sus compañeros de batallas.

Nació entonces la Cofradía de la Explosión, así denominada por algún crítico poco sagaz para demostrar la repentina vitalidad de las letras de la América Latina. Una explosión de viveza, sin duda, cuyo único precedente en nuestra lengua es aquel otro Siglo de Oro reclamado por nuestros pares peninsulares en la decimosexta centuria. Muy pocas veces en la historia ha logrado conjuntarse una extraordinaria suma de talentos como la que vivióse en la América Latina en aquella gloriosa era. Don Mario, Don Carlos, Don Gabriel y Don Julio, como cuatro mosqueteros, sumados a muchos otros de sus pares a lo largo de la América Latina, no sólo derrotaron brutalmente a sus enemigos nacionales, sino que casi los obligaron a resguardarse en sus guaridas, condenándolos al oprobio y a una prolongada y severa penitencia. Porque todos los miembros de la Cofradía no sólo comulgaban con el credo cosmopolita de sus ancestros, sino que habíanse planteado llevarlo a sus extremos, insertándose de plano en las mejores y más novedosas tradiciones del planeta. Sus potentes juegos literarios, su afán experimental y su desafío a las convenciones nacionales les granjearían un sinnúmero de enemigos, pero ninguno con la talla para incordiarlos o siquiera pretender hacerles sombra.

Es menester señalar ahora, sin empacho de lo anterior, que su victoria fue tan drástica y definitiva que a la larga la Cofradía de la Explosión, surgida con el loable fin de acabar con los excesos del bando nacional, terminó por alzarse como la única expresión del ingenio de la América Latina. Y cada uno de sus ilustres miembros fue elevado a los altares, convertido en embajador plenipotenciario de esta malograda región, famosa por sus verdugos y fantasmas. Porque, renunciando a la antigua querrela, los ilustres miembros de la Cofradía de la Explosión no sólo se decantaron por sumergirse en el apacible y luminoso reino de las letras, sino que no du-

daron en emplear las armas cuando lo creyeron justo y conveniente.

III

DONDE SE DA CUENTA DE LOS ASOMBROSOS Y A VECES TRISTES COMBATES LIBRADOS POR LA COFRADÍA DE LA EXPLOSIÓN

No ha de olvidarse señalar que, justo cuando los caballeros de la Cofradía iniciaban sus andaduras por las vastas planicies de la América Latina, esta comarca padecía las más atroces tiranías, instauradas en sus suelos con el beneplácito o la complicidad de la mayor y más grande potencia de su tiempo. Era aquella una época de oscuridad y de terror, dividida entre dos armadas antagónicas, de un lado quienes defendían esa entelequia llamada libre mercado, financiados por el Imperio Estadounidense, y aquellos que, en contraparte, buscaban instaurar reinos dominados por el gran poder del Estado, cuya soldada era pagada, a su vez, por el lejano e imponente Imperio Soviético. En sus escudos de armas, los primeros presumían el blasón azul de la Libertad, en tanto los segundos la roja insignia de la Igualdad, y llevaban ya más de una década batiéndose en las más feroces arenas del planeta.

Igual que muchos siglos antes Su Santidad el papa Alejandro VI había dividido las Américas entre los muy cristianos reinos de España y Portugal, en aquellos años el mundo hallábase separado también en dos campos distintos, sin que ninguno fuese capaz de aniquilar completamente al otro. Igualados en poder y fuerza, a lo único que se atrevían estas grandísimas potencias era a tratar de arrancarse pequeñas parcelas de dominio la una a la otra. La muy rica y desdichada América Latina había quedado desde el principio bajo la tácita y obligada protección del Imperio Estadounidense, resignada a padecer en buen número de casos a sus inicuos y brutales procónsules.

Sin embargo, en el año de gracia de 1959, una banda de insurrectos logró arrinconar y derrotar al tiranuelo que desde hacía muchas décadas saqueaba las riquezas de la hermosa ínsula de Cuba, hasta entonces al servicio del Imperio Estadounidense. Poco después, el cabecilla de la revuelta, el antiguo bandido Don Fidel de Castro y Ruz, entregó su patria al Imperio Soviético a cambio de protección contra los mercenarios contratados por los estadounidenses para despojarlo de su reluciente trono.

Durante unos pocos años, Don Fidel I instauró un reino que desató la admiración de la progresía en todo el orbe, pues no sólo instauró medidas sociales que habrían de mejorar la vida de su pueblo, sino que transformó a la ínsula en destino obligado de los mayores

filósofos y escritores de aquel tiempo. La Cofradía de la Explosión no tardó en ensalzar las virtudes del nuevo gobierno de la ínsula; todos sus miembros fueron convidados por Fidel I a visitarla e incluso Don Gabriel de García Márquez volvióse amigo y fiel escudero de su anfitrión desde esos lejanos tiempos.

Por desgracia, las promesas de Don Fidel I no tardaron en revelarse como espejismos, y las muchas libertades que se disfrutaron en la ínsula al principio de su gobierno fueron desapareciendo poco a poco. Incluso los trovadores y juglares que habían redactado endechas y sonetos a mayor gloria suya comenzaron a ser ferozmente perseguidos, acusados de espionaje y traiciones aún mayores, y condenados a la cárcel o al destierro. Se trataba, en casi todos los casos, de burdas calumnias, pero el miedo que para entonces ya inspiraba Don Fidel I provocó que la mayor parte de los miembros de su corte prefiriera silenciar sus críticas, bajo amenaza de la horca o la chirona.

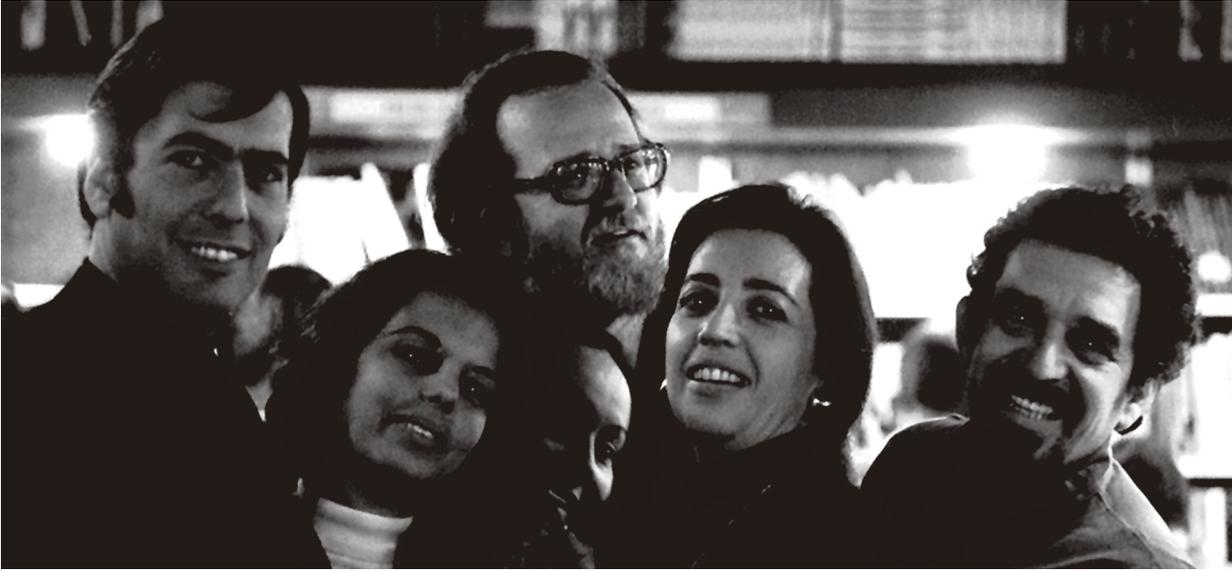
Sólo unos cuantos protestaron, y entre los primeros y más enjundiosos encontrábase Don Mario de Vargas Llosa. Mientras Don Carlos se distanciaba del nuevo tirano con cierta prudencia, Don Gabriel mantenía su amistad con él a toda costa, y Don Julio no paraba de elogiarlo con pomposas y absurdas loas en su honor, Don Mario se aventuró a enjuiciarlo por sus muchos crímenes, y de inmediato recibió el oprobio y las calumnias de aquel reino, así como de muchos de sus antiguos compañeros de armas.

A partir de esa infausta fecha, las ideas de Don Mario experimentaron un viraje radical, que lo llevó a apartarse lo más lejos posible del influjo maléfico del Imperio Soviético, y de las secretas doctrinas que lo amparaban, y a aproximarse cada vez más a los principios defendidos por el Imperio Estadounidense. Como fuere, la Cofradía de la Explosión empezó así a resquebrajarse, y muy pronto, debido a esa pelea familiar cuyos entresijos no vienen a cuento en esta crónica, la disputa entre Don Mario y Don Gabriel, dirimida con un eficaz puñetazo, acabó por romperla definitivamente, para horror y espanto de sus muchos seguidores.

IV

DONDE SE HABLA DEL SOLITARIO VIAJE DE DON MARIO DE VARGAS POR LA SELVA Y SE PERFILAN SUS TRIUNFOS ULTERIORES

Separado así de sus antiguos compañeros de armas—Don Carlos compartía cada vez más sus ideas, pero al final se decantó por su amistad con Don Gabriel—, Don Mario emprendió un camino solitario y tuvo que buscarse una nueva camarilla que lo acogiese entre los suyos. Fue así como Don Mario se internó en la selva y al cabo de mu-



Mario Vargas Llosa y Patricia Llosa, José Donoso y Pilar Serrano, Mercedes Barcha y Gabriel García Márquez en Barcelona en los años setenta

chas jornadas por fin encontró la guarida del célebre hechicero Don Octavio de Paz, quien a partir de entonces no cesaría de acompañarlo con sus conjuros. Don Mario se internó, así, en la esforzada lectura de una pila de libros mágicos que acabarían por conquistar su espíritu a partir de entonces: la lectura de celebrados brujos herederos del gran Merlín, como Karl Popper, Isaiah Berlin o Friedrich Hayek, le hizo redescubrir la auténtica verdad, una verdad que abrazó, hay que decirlo, con el mismo celo y el mismo empeño con que antes defendió a Don Fidel y a la soldadesca soviética.

La “piedra de toque” de su mutación —no es casual que sea éste el título general que le ha dado a las célebres epístolas que envía dos veces por mes a sus discípulos en toda la América Latina— fue la idea de que la libertad no ha de ser limitada nunca, ni siquiera cuando se dice que es a favor de la igualdad. Para Don Mario, nada hay peor que un reino que, con la engañosa promesa de hacer a sus súbditos iguales, limite sus libertades y los constriña a obedecer un solo credo. La legión de enemigos de Don Mario, tan grande como su talento, no cesó a la hora de recriminarle la dureza de sus posiciones, la firmeza con que exhibe a diestra y siniestra sus creencias y la agudeza con que desafía y luego vence a sus contrincantes.

Como mero cronista de sus hazañas, a mí no me queda sino señalar que, si en efecto Don Mario tiende a un extremismo que muchos consideran peligroso, en su caso la vehemencia es sinónimo de coherencia y, en contra de quienes lo tachan de dogmático, en muchas ocasiones ha demostrado que sabe discutir o incluso retractarse, como demostró recientemente al arrebatarle su apoyo irrestricto al Reino de Israel en su insaciable lucha contra sus súbditos de los territorios conquistados de la Palestina.

Si uno revisa el largo itinerario de Don Mario, así como sus muchas cartas y escritos, toparáse con un sin-

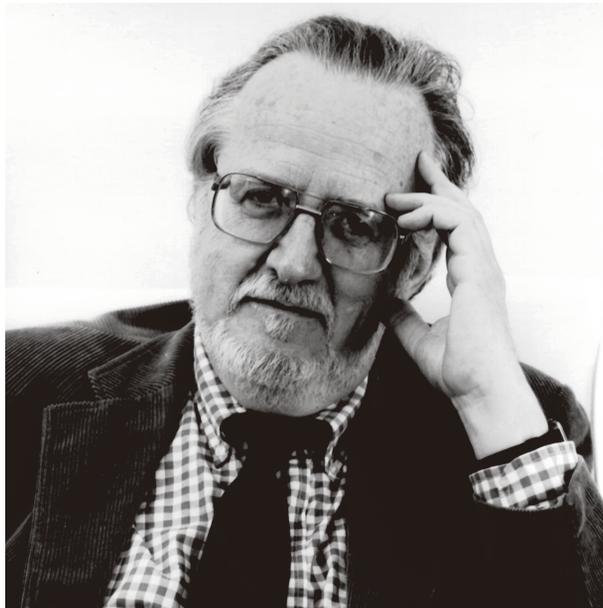
fín de polémicas y desacuerdos, de reyertas y disputas, que reflejan su talante polémico pero dispuesto siempre al combate. Al leerlo, uno sabe que sus opiniones obedecen a una feroz lucha interior, no a una mera posición de principio o a un dogma preconcebido.

Igual que el hechicero Don Octavio de Paz, Don Mario se reconoce ahora como un miembro de la orden militar de los liberales, de modo que si comulga con la defensa a ultranza del mercado y de esa sinuosa forma de gobierno que es la democracia, por el otro, en términos morales, exige por doquier que sea respetada a ultranza la libertad individual, en especial en lo que se refiere a las preferencias para ayuntarse de cada uno. Y, cosa rara entre los caballeros de su alcurnia, se declara a su vez partidario de la espantosa herejía del ateísmo. Todo ello lo distancia, pues, de quienes han querido a toda costa convertirse en sus compañeros de ruta, esa gavilla de penitentes y fanáticos conocidos como la banda de los neoliberales.

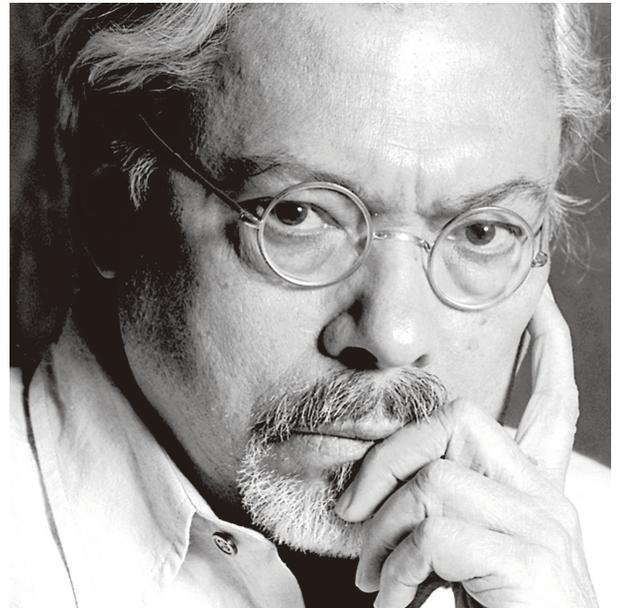
V

DONDE SE ENUMERAN ALGUNOS DE LOS CÉLEBRES
COMBATES LIBRADOS POR EL CABALLERO DE VARGAS LLOSA

Pocas empresas literarias tan brillantes y coherentes existen en el ámbito de nuestras letras como la desarrollada durante poco más de media centuria por el caballero De Vargas Llosa. Desde *Los jefes* (1959), su primera y tempranísima recopilación de relatos, hasta *El sueño del celta* (2010), el lector aguzado puede encontrar una línea de continuidad más allá de las divergencias ideológicas sufridas a lo largo del camino. Porque, si un lector se impusiese la tarea de encontrar y detallar los temas centrales que le han preocupado a lo largo de tan vasta e ilustre carrera, tendría que volver, en efecto, a unos cuantos pun-



José Donoso



Guillermo Cabrera Infante

tos esenciales: la defensa a ultranza de la libertad individual frente al poder autoritario (aunque los nombres de las víctimas y los verdugos hayan mutado con el tiempo), el poder de la literatura sobre la realidad, las variaciones tragicómicas entre la dicha y el infortunio, los encuentros y desencuentros en su propia vida, y el carácter a la vez universal e individual de los destinos humanos.

Espejo esencial de su obra es ya la primera de sus grandes novelas, *La ciudad y los perros* (1963), escrita cuando nuestro caballero no contaba siquiera con veintiocho años de edad. Relato parcialmente autobiográfico, redondo y casi perfecto, recibió el Alto Galardón de la Biblioteca Breve, ensalzándolo de inmediato como uno de los narradores más prometedores de su tiempo. En esta obra se cifran, ya desde entonces, algunas de sus pasiones ulteriores: la tensión entre la lealtad y la rebeldía, la perversión y la ceguera del poder, la debilidad extrema y la crueldad de los desesperados. Temas todos que volverán una y otra vez en sus obras esenciales: *La casa verde* (1966), *Conversación en La Catedral* (1969), *La guerra del fin del mundo* (1981), *Historia de Mayta* (1984), *¿Quién mató a Palomino Molero?* (1986), *El hablador* (1987), *Lituma en los Andes* (1993), *La fiesta del Chivo* (2000) y *El sueño del celta* (2010). Si uno fuese capaz de sumergirse en cada uno de estos volúmenes, sin la sapiencia previa de en qué año fue escrito cada uno, de seguro se asombraría al corroborar la visión continua de la historia, de los conflictos personales, de las decisiones éticas y de las reivindicaciones libertarias que los enhebran y los guían.

Aunque en el siglo el caballero De Vargas Llosa se desliza, en ocasiones, en una suerte de entusiasmo maniqueo, con héroes y malvados casi siempre reconocibles (y donde él se sitúa, sin falta, entre los primeros), en su obra en cambio es infinitamente más propenso a reconocer las sombras y los grises, esos meandros que sue-

len acechar a los hombres entre los reflejos de la virtud y las sombras del vicio. No es el mundo literario del caballero De Vargas Llosa pasto de fuerzas ciegas o de la voluntad de un dios en el que no confía, sino un entorno enredado y caótico que aprovechan unos cuantos para apoderarse de las libres voluntades de los otros (pensemos en *O Conselheiro* o en *Trujillo*). Figuras de poder que encandilaron los entendimientos de la Cofradía de la Explosión, pero que, a diferencia de los tiranos retratados por Don Gabriel u otros guerreros, no terminan convertidos en esperpentos o fantoches, en arquetipos de la maldad o de la insania, sino en criaturas mezquinas y brutales que acaban invariablemente consumidas por su ambición y sus pasiones.

El caballero De Vargas Llosa jamás dejó de reconocer su deuda con los romances decimonónicos, especialmente con dos figuras que habrían de marcar sendas contrapuestas en su propia labor de artista: de un lado la épica de Victor Hugo (no por nada dedicó un estudio ejemplar a *Los miserables*), y del otro el ámbito tragicómico de las relaciones humanas gracias a Flaubert (a quien dedicó, a su vez, otro esplendoroso ensayo, *La orgía perpetua*). Más adelante he de volver a este segundo influjo, pero por ahora quiero señalar que la influencia de Victor Hugo es determinante en la primera porción, llamémosla política o comprometida, de su vasta obra.

La obsesión del caballero De Vargas Llosa por *Los miserables* llevólo a esbozar, a lo largo de toda su carrera, una larga serie de variaciones sobre “los miserables” de su tiempo. El universo regido por la injusticia y la inequidad, y por unos cuantos idealistas con altos valores, detallado por el francés, se replicará en las mayores novelas del peruano, con esos mismos universos turbios y violentos (el Colegio Leoncio Prado, Lima, el Brasil decimonónico, la selva amazónica, la República Dominicana de Trujillo). A su vez, la feroz oposición entre héroes

y villanos de Victor Hugo se continúa en los protagonistas del caballero De Vargas Llosa.

De alguna manera, incluso podría imaginarse que aquel joven de izquierdas, a quienes sus amigos llamaban con guasa “el sartrecillo valiente”, era sobre todo una reencarnación de Jean Valjean —mezclado un poco con el conde de Montecristo—, y que esa figura de su ingenio quedaría de alguna forma transportada a muchos de sus personajes, enfrentados siempre a un trasunto del feroz e implacable Jabert. Si ello ocurre en incontables páginas suyas, esta identificación con Hugo queda cristalizada sobre todo en su obra postrera, *El sueño del celta*, donde el valeroso y arriesgado (y oscuro) Roger Casement ejemplifica mejor que nadie el modelo heroico del caballero De Vargas Llosa, enfrentado a una sucesión de Jabert por medio mundo, del Congo al Amazonas peruano a Irlanda.

Y, si fuésemos aún más lejos, podríamos llegar a insinuar que el propio caballero De Vargas Llosa edificó toda su fama pública siguiendo —acaso de manera no consciente— idéntico modelo. Revisando las miles de epístolas que componen su “Piedra de Toque”, y sobre todo la inigualable *El pez en el agua*, sus memorias políticas y familiares, y en opinión de este cronista el mejor de sus muchos libros, se advierte esta misma voluntad, en la vida y en la obra, en las armas y las letras, de rebelarse contra los poderes establecidos, de asumirse como trágico héroe frente a las tinieblas del autoritarismo (primero capitalista, luego marxista), aun a riesgo de su propia fama (o de una derrota electoral, como la sufrida contra el avieso tiranuelo Fujimori).

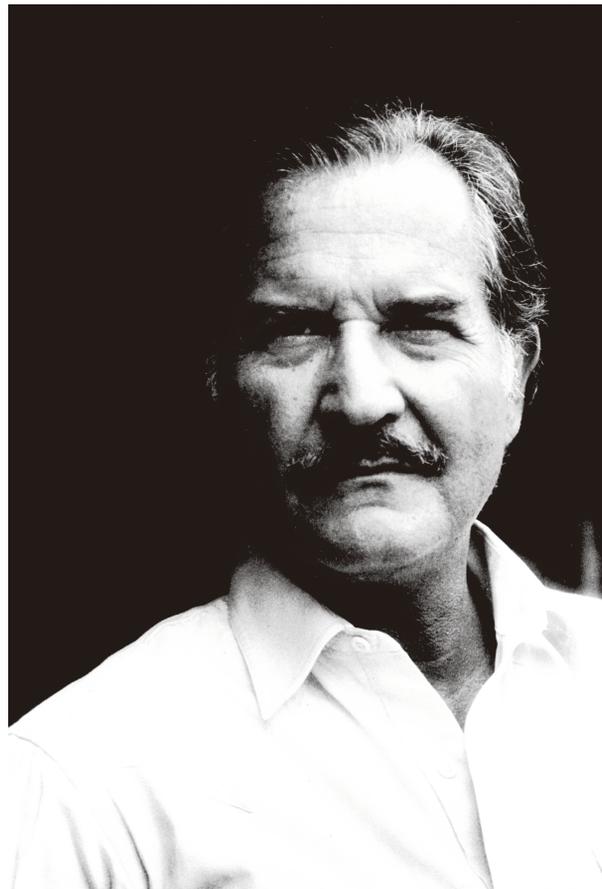
La segunda de las influencias del caballero De Vargas Llosa es igualmente gálica: Flaubert. Pero, más allá del carácter trágico de esta historia, es como si nuestro egregio poeta hubiese absorbido de *Madame Bovary* una obsesión por el retrato de familia que, en su caso, borda los terrenos del melodrama, de la novela erótica, del humor y, en fin, del esperpento. Hay que enumerar, aquí, obras que frente a la otra corriente principal de su trabajo parecerían menores, mas no dignas de desprecio: *La tía Julia y el escribidor* (1977), *Elogio de la madrastra* (1988), *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997) y *Travesuras de la niña mala* (2006). Sólo dos de sus romances, *Pantaleón y las visitadoras* (1973) y *El paraíso en la otra esquina* (2003) se hallarían a medio camino entre ambas corrientes.

Como fuere, en el caballero De Vargas Llosa adviértense una convicción semejante, una poderosa fuerza interior, a lo largo de toda su carrera: los grandes retratos morales de su tiempo, con sus héroes y villanos —y ese espectro intermedio de personajes desgajados entre una y otra opción, acaso los más interesantes—, en historias que anteponen dos concepciones contrapuestas del mundo, una tiránica y dogmática, la otra abierta e

incluyente, como si en el interior del propio caballero De Vargas Llosa conviviesen estas dos predisposiciones y él, a lo largo de su vida, hubiese hecho hasta lo imposible para vencer a aquellas que lo llevan hacia el poder y el autoritarismo, frente a las que lo han conducido hacia la libertad individual.

En su otra faceta, el caballero De Vargas Llosa desarrolla un retrato igualmente moral —pero, en este caso, agudamente irónico— de sus propias fallas, deseos y anhelos, de los de su propia familia, y de los de figuras que parecieran igualmente anodinas, pero no por ello menos extraordinarias en su pequeñez y sus prejuicios burgueses.

De un lado, pues, la Historia con mayúscula, convertida en permanente fuente de conflictos, en la pugna entre el poder y la razón, entre el dogma y la voluntad del individuo, en una espiral dialéctica que tanto tiene del marxismo abrazado en su juventud como de la propia dinámica de las novelas de la decimonónica centuria. Y, por el otro, la historia con minúscula, con su profusión de personajes menores, indecentes, advenedizos, frágiles y rotos, digno contraste frente a la soberbia de los otros. Y, en medio de ellos, el mismísimo caballero De Vargas Llosa, oscilando entre uno y otro espectro, entre sus tentaciones autoritarias y su firmeza liberal, entre su papel como vocero de la América Latina y general de sus ejércitos, y su rutina y amores cotidianos, plagada de los mismos deseos lujuriosos, la misma desventura y la misma miseria de cualquier otro ser humano. **U**



Carlos Fuentes